

La Luz del Porvenir

Gracia 10 de

Agosto de 1893.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Extranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol, 5, bajos,
y calle del Cañón, 9, principal

SE PUBLICA LOS JUEVES**PUNTOS DE SUSCRIPCION**

En Lérida, Cármen 26, 3 En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, S. Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—Conceptos del Espiritismo.—¡¡Gracias, Dios mío!!...

INFLUENCIA DEL ESPIRITISMO EN LA MUJER

Hermanos míos:

La benevolencia de nuestra gran familia espiritista nos infunde valor para desarrollar,—aunque deficientemente—el tema enunciado; y si bien esta idea abre extenso campo á una vasta disertación, procuraremos,—en razon al escaso tiempo de que se puede disponer,—concretar nuestra investigación á sus conceptos más culminantes; reservando para otra ocasión, entrar de lleno en la demostración de las consecuencias que el conocimiento racional del Espiritismo, entraña para la mujer.

Esta entidad,—predestinada á educar á sus hermanos—es el receptáculo de las manifestaciones más sublimes del sér inteligente; manifestaciones que, sometidas al crisol de la razón, desarrolladas al contacto de la ciencia, y depuradas á través del tamiz de la filosofía espiritista, constituyen el gran luminar, que guiar debe al espíritu á través, de las áridas estepas de su destierro terrestre.

Si segun nuestro humilde sentir, el sér entra en la verdadera vía del progreso al reencarnar bajo el organismo de la mujer; si nuestro criterio no es erróneo, al presentir que las duras pruebas porque esta atraviesa, constituyen otros tantos peldaños que la elevan por la infinita escala del progreso; si no nos engañamos al suponer que dadas esas pruebas,—soportadas con resignación—son otros tantos troféos en la eterna epopeya del espíritu; preciso es reconocer, hermanos míos, la imperiosa necesidad de iniciar á nuestra hermana en nuestra elevada filosofía; bálsamo consolador de las dolencias del alma.

En efecto, señores, la mujer educada bajo los auspicios de la moral espiritista, puede desarrollar brillantemente las nobles manifestaciones del pensamiento, el sentimiento y la voluntad, eterno patrimonio del espíritu ¡Sentir, pensar y querer! ¡Facultades preciosas que un Sábio Dispensador concediera á nuestra alma! ¡Sentimiento, Pensamiento y Voluntad! ¡Sublimes potencias que educadas por el procedimiento del Espiritismo racionalista son el faro luminoso que salvar puede al alma de los múltiples escollos que las pasiones levantan en el proceloso océano de la vida!

En efecto, hermanos míos; la mujer espiritista ajusta todos sus actos á la Ley de caridad, al sentimiento de justicia, prescritos en el más Sábio de los códigos; y fija constantemente su mirada en la ley de las compensaciones,—fielmente fotogra-



fiada en su conciencia,—se explica fácilmente el porqué de sus penas y alegrías; lee en su presente los anales de su pasado, y se esmera en elaborar materiales selectos. en recopilar páginas gloriosas para la historia de su porvenir.

Con el inmortal proverbio *conócete á ti mismo* adoptado por norma de su conducta aprende, la mujer espiritista á ser severa consigo misma é indulgente con los demás; y con la sublime máxima de Jesús *Amad á vuestros enemigos*, estirpa de su corazón el sentimiento bastardo del ódio, que á raíz de amargas decepciones empezára á germinar en su alma.

¡Conócete á ti mismo! ¡Amad á vuestros enemigos! ¡Sublimes conceptos en que Sócrates y Jesús reasumen la imperecedera moral de todas las edades y que estudiados racionalmente por la mujer espiritista abren ante ella vastos horizontes, desarrollando todo un mundo de ideas moralizadoras, á que ajustar hasta los actos más elementales de su vida planetaria!

En efecto, hermanos míos; el conocimiento de nosotros mismos; el exámen imparcial de nuestras debilidades, nos conduce naturalmente á disculpar las debilidades de nuestros semejantes, á no ver sus defectos; y de este noble sentimiento de benevolencia, nace, como es consiguiente, la sublime virtud de la Caridad, mil veces prescrita y practicada por el Justo de Nazaret.

A la luz del Espiritismo, hermanos míos, con la noble divisa de *Hacia Dios por el amor y la ciencia* que ostenta el lábaro santo de nuestra elevada filosofía; ante la consoladora idéa de la *Ley de las compensaciones*; ante la íntima convicción de que *la historia de las almas se desarrolla por el contacto de las leyes de justicia*; y finalmente, ante la dulce esperanza de *vivir para progresar. y progresar para ser feliz*, ciérnese la mujer espiritista, sobre todas las miserias, sobre todos los dolores; y serena é impasible arrostra las pruebas que—en virtud de sus libres determinaciones—adoptára en su última etapa extra—planetaria.

Como hija, asiste á sus padres en sus necesidades físicas y morales; sostiene con solícito afán su decrepitud, y recibe cariñosa su postrimer aliento. Como esposa, ayuda fielmente á su compañero, tolera sus defectos y si la injusta arbitrariedad de éste lacera despiadadamente su sensible corazón taladra su tierna alma; si su fe de esposa honrada es burlada cruelmente por repetidas infidelidades, ¡ah hermanos míos! en esos momentos supremos es cuando se pone á prueba el valor de la mujer espiritista. Y decimos que se pone á prueba su valor moral, porque si su alma está saturada de la filosofía espiritista, si ha absorbido con hartura su fecundante savia, si se ha identificado en absoluto con los principios regeneradores de su doctrina, que patentiza hasta la saciedad que, *no hay efecto sin causa*, mirará en aquel sér un provechoso instrumento para su progreso, y acaso un acreedor antiguo á quien debe satisfacer ó educar: pues como dijimos antes, *la historia de las almas se relaciona por el contacto de las leyes de justicia*.

Y si de la mujer espiritista como esposa, pasamos á contemplarla como madre ¡ah hermanos míos! ¡un poema de amor descubre nuestra atónita mirada! ¡Ella reserva para su hijo la sonrisa de los ángeles, el valor de los mártires, la abnegación de los héroes!!! Por eso, al pedir al insigne Rafael, tradujese con el pincel lo más grande, lo más sublime de la creación, trasladó al lienzo el boceto de una mujer con su hijo en los brazos. La mujer espiritista, en el periodo mismo de la gestación,—empieza á amar ilimitadamente al sér que vendrá á formar parte de su familia; y comprendiendo que antiguas relaciones le ligan á aquel sér, suponiendo que quizá en existencias precedentes habrán estado unidos por lazos amorosos, ó separados por ódios implacables; persuadida de que tanto si es acreedor, como si es

deudor, tiene el ineludible deber de amar, proteger y sacrificarse por aquel hermano, que en virtud de sus libres determinaciones viene á serle hijo, la mujer espiritista, se presta gustosa á desempeñar el protectorado visible de aquel espíritu que viene de nuevo á animar la materia. Esta etapa de la vida de la mujer es, hermanos míos, la fase más difícil y también la más gloriosa de la vida del sér. Y decimos de intento *la más difícil y la más gloriosa*, porque al desempeñar la mujer las augustas funciones de madre, asume la más severa responsabilidad si sucumbiendo á la insensata debilidad, hija de un cariño mal entendido, no emplea con el sér que Dios pone bajo su tutela temporal, el gimnasio razonado de la moral y la ciencia, para evitar las desviaciones del alma de su hijo, y darle vigor á la manera que los gimnasios terapéuticos evitan y corrigen las desviaciones físicas y vigorizan el cuerpo.

Si, hermanos míos, la mujer madre espiritista, debe ser preceptora y madre, debe amar á su hijo con la cabeza y el corazón; debe escuchar el eco de la razón y oír la voz del sentimiento; debe, en fin, amar hasta el sacrificio y corregir hasta la severidad. De este modo, eludiendo la enorme responsabilidad que le cabría al no cumplir dignamente su misión, contrae un imperecedero mérito, al conducir acertadamente—á guisa de ángel custodio—un espíritu por las áridas estepas terrenales; y con el adelanto moral é intelectual de su protegido, salda alguna de sus antiguas deudas, y se crea un amigo más á través del tiempo y el espacio.

Hemos bosquejado á vuela pluma la influencia que el Espiritismo está llamado á ejercer en la mujer como hija, esposa y madre; réstanos ahora emitir nuestra humilde opinión acerca del sacerdocio que como hermana, debe desempeñar la espiritista ante la humanidad.

Tomando nuevamente por punto de partida el "*Conócete á ti mismo*," y la regeneradora máxima "*Amad á vuestros enemigos*," vemos á la verdadera espiritista practicar la Caridad en todas sus fases; ya visitando al menesteroso enfermo y socorriendo al desvalido; ya amparando al desventurado huérfano y al decrepito indigente; ora perdonando las ofensas y levantando al criminal; enseñando al ignorante y mostrando la senda del bien al extraviado por el vicio, en una palabra, practicando el bien por el bien mismo.

Como sér que forma parte integrante de la sociedad, puede, también, la mujer espiritista, imprimir en los pueblos el sello de su sublime moral. En todos los elementos de la civilización, es imposible separar á las mujeres del orden reinante, del carácter de la sociedad, del giro que han tomado el gusto y la opinión, y aun de los sucesos importantes que han cambiado la faz de las naciones.

En este concepto, puede la mujer espiritista operar una modificación total ó parcial en el orden moral y aún en el orden político de las naciones; porque la esposa del hombre público, ya sea este magistrado, político ó legislador; la hija del magnate ó del jefe militar; la madre del potentado ó del hombre influyente ¿no podrán, —si están educadas en la moral espiritista—influir en los destinos de los pueblos y cambiar la faz de sus instituciones?

¡Ah hermanos míos, esto es innegable!

La mujer espiritista, inspirada en los eternos principios de Amor y Solidaridad universal; la mujer espiritista, templada al sacro fuego de la Caridad; la mujer espiritista, educada en las regeneradoras enseñanzas de las inteligencias extra-humanas, se impone el sacratísimo deber de ilustrar las conciencias, denunciar los errores y encauzar las masas sociales por las corrientes regeneradoras del progreso.

Ante su influjo bienhechor, desaparecerá el pauperismo, cerraránse las penitenciarias depondránse las armas, caerán las murallas, borraránse las fronteras, y la

humanidad en masa se dará el ósculo de paz, el abrazo de amor, acogándose todos á la sombra bienhechora del emblema de Amor, Solidaridad y Justicia, que ostenta glorioso en los espacios el Espíritu de Verdad.

AMALIA TORRES DE MARESMA.

CANTO DE PENNA.

A MI ARACELI.

Espíritu querido y siempre eterno
en el recuerdo de la mente mía,
seis años han pasado desde el día
de tu tránsito á un mundo superior.

Seis años que el dolor de tu partida
y otras pruebas sufriendo, destrozado
tienen mi corazón sacrificado,
ya insensible á los goces del amor.

Habitante en un mundo tan pequeño
¿cómo quieres, mi bien, que esté mi alma?...
del corazón la paz no gozo en calma
ni un instante en mi mísero existir.

Batallan los recuerdos en mi mente
como los elementos borrascosos,
y me clavan sus dardos venenosos
uno á uno sintiéndome morir.

Morir teniendo vida exhuberante
llena de juventud y lozanía,
porque sin esperanzas y alegría
¿qué corazón no muere de pesar
y cesa de latir porque le falta
la vida del amor?... ¡ay! yo lo siento;
yo se lo que es vivir del sentimiento,
pues se lo que es sufrir, lo que es llorar.

Yo he bebido la hiel de los engaños
gota á gota apurando el contenido
y muda en mi dolor no han conocido
cuando la muerte es muerte en realidad.

Porque la humana apreciación no tiene
comprensión depurada de esa vida
que pasa sin historia conocida
del alma en la infinita soledad.

¡La soledad!... palabra aterradora,
no de lógica falta ni sentido,
¡cuántas veces su voz he percibido

y su pálida imagen cuántas ví!
¡La soledad!.. ¡la soledad del alma!..
yo no puedo decir que dá el vacío,
orque me siento estremecer de frío
y la siento vivir dentro de mí.

—
¡Que no existe, me dicen, Araceli,
porque las almas vienen de ese mundo
á mitigar nuestro dolor profundo
con palabras dulcísimas de amor!...

¡Cuán son ciertas palabras tan hermosas!
más ¡ay! que para mi ni aún en los cielos
hay un ser que me preste sus consuelos,
ni de mi llanto temple su calor.

—
Yo te he llamado á tí, dulce bien mío,
cuando la pena horrible me agobiaba,
y con la voz y el alma te llamaba,
y con mi pensamiento te llamé.

Y en vano te he llamado y aún te invoco;
solo el eco responde á mí quebranto,
el eco que retumba en este canto
lleno de desaliento.. ¡yo no sé!...

—
No sé lo que me pasa; yo quisiera
creer para vivir, pero no puedo;
los seres de la tierra me dan miedo
¡me han hecho tanto daño, tanto mal!...

Que sin mi fé en los mundos de ultratumba
de mi vida mortal renegaría
y no lágrimas tristes vertería
de mi existencia en el inculto erial.

—
Y quisiera olvidar, pero ¡imposible!
hay dos poderes que mi fuerza abaten;
los dolores que siempre me combaten
y los recuerdos de mi infausto ayer,
¡Siento tanto cansancio de la vida!
¡que con gusto perdiera la memoria,
y un momento otra vez aunque ilusoria
tener la dicha de poder creer.

—
¡Creer! .. ¡qué hermoso es esto!... y yo creía,
porque la luz en la conciencia anida,
que jamás ser pudiese un homicida
el hombre que ama á Dios sin falsedad.

Y en cuyo corazón afectos dulces
debieron elevar sus pensamientos
y engrandecer aun mas sus sentimientos
practicando la ley de caridad.

—

Yo creía en el bien creyendo en todo,
(no hace mucho, ayer aun, también creía);
tuvo ilusiones mil mi fantasía,
y amó mucho mi incauto corazón.

Pero me arrebataron tantos bienes
la envidia con sus celos torcedores...
hoy que no tengo ya sino dolores
me han dejado tranquila en mi aflicción.

Tranquila al parecer porque mis pruebas
habrán de terminar con mi agonía,
y cuando para mí de un nuevo día
en esos bellos mundos luzca sol.

Solo entonces reposo habrá mi espíritu
gozando de una paz que he codiciado,
de una dicha que aquí solo he soñado
porque á apurarme vine en su crisol.

Pero no espero hallar á quien amante
rendí mis potenciales sentimientos,
ni á las almas que crueles sufrimientos
por su ódio me hicieron padecer.

Los ingratos, los malos no se encuentran
con los seres de amor ya arrepentidos,
ellos en otra esfera reunidos
viven hasta que deban renacer.

Se tú, oh querubin, el ángel bueno
que á mi salida venga á sostenerme
y con frases de amor fortalecerme
cual premio á los cuidados que te dí.

No te pido por esto recompensa;
lo que se dá espontáneo no se paga,
aunque mucho se dé y mucho se haga
¡y yo tuya una madre amante fuí!

EUGENIA N. ESTOPA.

ENTRE AMORES Y ODIOS.

La discordia es uno de los males más terribles que nos afligen, chispa que al introducirse en el seno de las familias crece con pasmosa rapidez convirtiéndose en abrasador volcán, y fundiendo los más santos amores, para transformarlos en repugnante ódio. Ella rebela el hijo contra el padre, separa el hermano del hermano, rompiendo las más dulces afecciones. Es cosa ya sabida que suegros, yernos, y nueras se quieren poco, empiezan por no tolerar pequeñas causas y acaban por ser víctimas de grandes efectos. Una palabra intencionada, una brusca contestación, una altiva mirada, siembran el gérmen de la discordia. ¡Ay de aquel que deja

formar sus raíces! difícil le será destruirlas, cuando agobiado por el malestar que cual gusano roedor aniquila sus fuerzas morales, ha de dominar la tempestad que ruje siempre á su alrededor.

Hace tres años, una mujer buena pero muy ignorante me dijo:—Cármén se casa. ¿Viviran juntos? le pregunté.

—Si me contestó con viveza, pero si no se portan bien los dejo.

Conociendo algo á fondo á madre é hija, auguré con pesar para la última, días de amargura. Hace poco la ví. Sus ajadas facciones el desaliño de su traje me causó desagradable impresión. Al estrechar su mano me dijo.

—Soy muy infeliz. Mi esposo se ha separado de mi, y yo no puedo vivir así, no puedo abandonar á mi madre porque es muy vieja, no puedo vivir lejos de mi esposo porque le amo, y no es posible vivan ellos juntos porque se aborrecen.

¡Pobre Carmen! sus palabras rebotaban tanta amargura, que si bien no me sorprendieron sentí por ella profunda compasión. ¡Que triste es vivir entre amores y ódios! ¡Ay del ser que ávido de paz ama á dos seres que se aborrecen! Compadecele porque sufre la tortura del infierno, no puede defender sin acuar, siendo á menudo testigo de amenazador silencio ó bien de un graneado fuego de palabras, cuyas heridas él recibe, cuyos sacrificios debe ocultar sin quejarse, si no quiere dar más material al lento fuego que les consume. Si esos seres buenos pero intransigentes midiesen la intensidad del mal que causan, serian más tolerantes, pero obcecados por el ódio nada ven, nada oyen, fija su mente en el objeto aborrecido solo tratan de herirse, de ridiculizarse, siendo el hazme reir del ignorante y sirviendo de tema á escritores festivos, que se complacen en satirizar á la suegra, al yerno y á la nuera. Para destruir ódios, la sátira es mal remedio pues siempre irrita, jamás corrige. Pintad tanto al hombre como á la mujer con hermosos colores la dulzura de la paz, hacedles comprender que en medio de los mayores dolores existe un mútuo consuelo si la armonía tendiendo sus alas les une en estrecho abrazo. Hablad al sentimiento de la mujer, señalad á la madre las heridas que recibe el hijo amado, porque los amorosos lazos que le estrechan no pueden romperse, no puede rechazar á la esposa ni á la madre, la primera es la compañera de su vida, la que debe endulzar sus angustias, la segunda durante su infancia fué su Dios, fué el todo de su existencia y no puede no dejar de amarlo.

Si nuestros hijos son testigos de violentas escenas promovidas por desavenencias, sembraremos en sus tiernos corazones la semilla de la intransigencia, cuyo amargo fruto apuraremos mañana sin que nos asista el derecho de quejarnos, pero si ven sacrificios y un gran deseo de que jamás la discordia rompa los lazos que nos unen, rendirán culto á la paz. Dominemos pues nuestro orgullo, que sean nuestras palabras fiel retrato de benevolencia, que nuestros actos respiren amor, justicia y nunca el ódio tendrá cabida en nuestro corazón. ¡Paz! hermosa palabra que hasta al escribirla inunda todo mi ser de alegría, ¡bendita seas! Tiende hacia mi sus rayos de luz, para que la armonía y el amor reinen siempre en mi hogar.

ANTONIA PAGÉS

MI ALMA SIENTE Á DIOS.

DEDICADA Á MI QUERIDA MAMÁ

La bella Natura
A Dios nos presenta;
El aire demuestra
Su nombre, y el mar.

El zénit invaden
Las milavecillas
Que alegres elevan
Meloso cantar.

Y todas á un tiempo
 Unísonas, bellas,
 Batiendo las alas
 En limpio dosel,
 Le aclaman, le cantan,
 Loores le dicen;
 Y en melosos trinos
 Suspiran por él.
 ¡Que hermosa es la luna!
 Su disco de plata
 Presenta á la tierra
 Bañándola en luz;
 Y fúlgida, bella
 Recorre el espacio,
 Rasgando de nubes
 El negro capuz.
 Y luna, y estrellas,
 Y sol y planetas,
 En rápidos giros
 Y á una misma voz,
 Le aclaman y dicen:
 ¡Cantad los humanos,
 En himnos acordes
 Loores á Dios!
 Y entonces, los hombres
 Mirando al espacio,
 Atónitos quedan
 De su inmensidad:

Y mal que les pese.
 Los que á Dios negaron,
 Véanse obligados
 A Dios pregonar.
 Observan los cielos,
 Y miran la tierra,
 Sintiendo en lo interno
 Un dulce solaz,
 Que á Dios les revela,
 Que á Dios les retrata,
 Que á Dios les envía
 Emblema de paz.
 Y estrellas y aves,
 Y el sol y planetas,
 A Dios reconocen
 Por su gran poder:
 Y juntos le claman,
 Y unidos bendicen,
 Su amor y su gloria,
 Su esencia y su ser.
 Mi alma se eleva
 Ante tal grandeza;
 Su esencia la siento
 En mi ser bullir:
 Por eso, extasiada
 Mil veces me digo:
 «¡Con él yo deseo
 Por siempre vivir!»

CATALINA MARESMA Y TORRES

Gracia, 25 de Junio de 1893.

QUÉ ES EL BIEN?—QUÉ ES EL MAL?

Son dos afecciones completamente distintas, y sin embargo forman parte de un mismo orden de ideas. Son como si dijéramos dos extremos de un mismo camino.

El que ama el bien es que lo comprende mejor que el que ama el mal, pues, ¿qué duda cabe? si los dos lo comprendieran igualmente, los dos lo seguirían de la misma manera. Para convencerte de ello, fíjate en lo que sigue:

La inteligencia nos hace distinguir, más ó menos, pero siempre algo (según el estado de su desarrollo) lo bueno de lo malo: el pensamiento es el hermano más cariñoso de la inteligencia, tanto, que el uno sin la otra no se comprende: la voluntad nunca obra sin el concurso del pensamiento. El bien es la perfección, considerándolo como límite del decrecimiento del mal: el bien como obra perfecta, todo lo que aporta es ventajoso: el mal aunque aporte ventajas en un momento determinado, siempre quedan ellas anuladas por el infinito de inconvenientes que implícitamente envuelve. Tenemos, pues, dos cosas para escojer: una, que nada vale: otra, que vale mucho; ¿cuál escojeremos de las dos?... la contestación no es dudosa; y quién escojería la peor?—quien los valores de las cosas no comprendiera. He aquí demostrado lo que quería.

J. D. de H.

PENSAMIENTOS

—Los ojos, son los telescopios humanos.

—Util es ver pero es más util el conocer.